
La traducción en la *General Estoria*

Joaquín RUBIO TOVAR

Universidad de Alcalá

*A Inés Fernández-Ordóñez
y a Pedro Sánchez-Prieto.*

EL TALLER

A lo largo de estas páginas emplearé con frecuencia el término taller, acompañado a veces por el adjetivo alfonsí o alfonsino. Es oportuno recordar las tres acepciones que ofrece el *Diccionario de la Real Academia Española*, pues las tres convienen al uso que daré a esta palabra. Taller es el lugar en el que se trabaja una obra de manos, significa también una escuela o seminario de ciencias o de artes y, finalmente, es el conjunto de colaboradores de un maestro. Los talleres alfonsíes fueron los lugares donde un conjunto de expertos en materias y tareas diversas elaboraron las obras patrocinadas y concebidas por el rey sabio.

Las obras historiográficas que promovió Alfonso X nacieron de una concepción intelectual muy ambiciosa, movidas por un afán por conocer, narrar y explicar los hechos del pasado. En el fondo de este interés late una idea de la historia y un riguroso proceso para exponerla y escribirla. Sin esa concepción y sin un plan concreto, no habrían existido los textos y, desde luego, no habrían sido necesarios los talleres. He mencionado antes la expresión «obra de manos» y conviene precisarla y aclarar la materialidad que encierra. Sin los valiosos códices salidos del *scriptorium* alfonsí, pero también sin los humildes manuscritos que recogen fragmentos de crónicas, secciones incompletas, pasajes a medio elaborar o versiones diferentes de una misma etapa histórica, es decir, sin la parte material que sirve de soporte a la idea de historia, la obra del rey no existiría. En los talleres, en esos «espacios», término que empleó don Juan Manuel, debieron de reunirse grupos de colaboradores del rey; en ellos trabajaron las escuelas alfonsíes¹.

¹ «Avía muy grant espacio para estudiar en las materias que quería componer algunos libros, ca morava en algunos logares un año e dos e más», leemos en el prólogo a la *Crónica abreviada* de don Juan Manuel.

El taller implica una jerarquía y una organización. La lectura detenida de los textos, así como las indicaciones que aparecen en los prólogos, permiten pensar en un trabajo colectivo y organizado. Resulta difícil explicar la elaboración de los textos historiográficos sin pensar en un trabajo planeado y especializado, que pasaba por fases o etapas. El propio rey sabio se refería claramente en el prólogo a la hora de escribir una *estoria*: «*mandamos* ayuntar quantos libros pudimos auer de istorias en que alguna cosa contassen de los fechos d’España [...] et *compusimos* este libro de todos los fechos que fallar se pudieron della, desde el tiempo de Noe fasta el nuestro» (Menéndez Pidal, 1977: 1).

LA ELABORACIÓN

El modo en que se tradujeron y armonizaron las fuentes y la progresiva articulación del relato, así como los errores de compilación, o el carácter inconcluso de muchos pasajes, nos permiten percibir que estas obras fueron escritas por equipos que no siempre actuaron de manera coordinada. Las diferentes tareas que exigía la elaboración de la obra no se engastaron siempre con precisión.

Parece lógico que alguien encargara a ciertas personas o grupos de personas la ejecución de trabajos distintos, pues no tiene sentido que todos hicieran el mismo, y parece lógico, también, que unos trabajos tuvieran que hacerse antes que otros. Sabemos, por lo demás, que algunos colaboradores realizaron tareas diferentes y trabajaron en distintas etapas. Tras la selección y traducción de las fuentes, es posible, como explicaba Francisco Rico, que los compiladores considerasen que si se sujetaban bien a la *cuenta de los annos*, podrían repartirse el trabajo seguros de que los fragmentos preparados de forma independiente se ajustarían sin mayores problemas. Sin embargo, las cosas no se desarrollaron así: las dificultades a la hora de ensamblar los textos fueron mayores de las previstas, porque no siempre era fácil armonizar interpretaciones encontradas. Son frecuentes los pasajes en los que se percibe que quienes titulaban ciertos capítulos no entendieron su orientación.

Algunos estudiosos del siglo pasado se refirieron ya a diferentes colaboradores en las etapas de elaboración de los textos. Gonzalo Menéndez Pidal (1951) hablaba de la existencia de una *versión definitiva*, «aquella en que se sumaba la labor de traductores, ayuntadores y la corrección estilística real» (1951: 371), del mismo modo que otros investigadores se han referido a *versión final*. Sirviéndose de los datos esparcidos en la obra científica alfonsí este investigador elaboró un pequeño catálogo de los colaboradores del rey en el que diferenciaba claramente el nombre de los traductores frente a los

autores y compiladores, y destacaba la doble condición de *traductor* y *ayuntador* de Judá ben Mosé Hacoben².

Considero que no se debe hablar de etapas como de compartimentos estancos, de actividades independientes y no relacionadas. Es muy posible que, en principio, los trabajos estuviesen bien delimitados pero tuvieron que relacionarse y, en muchos momentos con poca armonía. Creo, además, que en ocasiones conviene hablar de actividades, de tareas, y no siempre vincular estos trabajos a un único grupo de personas. A veces se observa que una misma traducción se revisa y adapta (se resume, se amplía, se ajusta) al uso y sentido que quisiera dársele en cualquiera de las dos compilaciones historiográficas. Los traductores trasladaron un texto latino o francés, y sobre su tarea se afanaron los compiladores y capituladores. En el curso de estas páginas veremos que las traducciones son un material en el que trabajaron, desde luego, los traductores, pero también los organizadores del relato. La traducción era un trabajo que no interesaba solo a un grupo de colaboradores, y muchos miembros de los equipos y en diferentes etapas, se sirvieron de los textos traducidos. En ocasiones, parece que la traducción era una materia dúctil, maleable, que se ajustaba a los usos y necesidades de los temas y secciones correspondientes.

Las fuentes

Pero antes de la intensa tarea de traducir y compilar, es decir, de transformar los textos, fue necesario reunir cuantos libros contuviesen relatos y noticias que interesasen al futuro trabajo. Es el propio rey quien se refirió a esta etapa previa, tal y como recordé antes: «mandamos ayuntar cuantos libros pudimos aver de historias»³.

² Ramón Menéndez Pidal aceptó en principio esta división del trabajo en varias etapas: «En la elaboración de estas obras intervienen, según varias notas que se hallan en los manuscritos, primeramente los *trasladadores*, o traductores, que hacían la traducción de libros seleccionados; vienen luego los *ayuntadores*, o compiladores, encargados de compaginar los textos traducidos y elaborar una nueva exposición de la materia; por último actúan los *capituladores* que dividen la obra en sus partes expositivas y las rotulan. [...] Alfonso X idea la obra que debe emprenderse, ordena el acopio de los libros necesarios, puntualiza el personal destinado a la traducción o composición de cada tratado, y caso necesario, dispone la retraducción o la reelaboración, cuando no le satisface el trabajo de sus colaboradores» (1977: 852).

³ Una empresa cultural como la alfonsí, «solo es concebible bajo el respaldo de una previa tradición, una labor como aquella exigía una infraestructura sólida no solo en lo relativo a técnicas, sino también a mercado de auxiliares, conocimiento del mapa intelectual y un tipo de circulación o disponibilidad de códices que obliga a pensar en alguna forma de bibliotecas

La recopilación, la selección de fuentes (lo que supone escoger, aceptar unas y rechazar otras) implica un criterio; no es un proceso neutro de mero acarreo, sino que trae aparejada una idea de lo que se quiere hacer y lo que no. Tiene razón Leonardo Funes cuando dice que aunque el cumplimiento previo de las etapas de recopilación y selección de fuentes no involucra una práctica de escritura, «ponen en acto de modo decisivo criterios, técnicas y pautas al servicio de una intencionalidad» (Funes, 1997: 16). Los textos escogidos no lo fueron por azar, sino porque su contenido (y veremos después que también la forma en que se presentaba) convenía a una idea preconcebida de cómo iba a ser el texto que se buscaba⁴. Inés Fernández-Ordóñez (1992) ha demostrado que la idea que fundamentaba la *General Estoria* (*GE*) y la *Estoria de España* (*EE*) afectaba también a la articulación, a la organización de ambas obras. Las *Estorias* están subordinadas a la clase de información obtenida de las fuentes, y la clase de información afecta también al romanceamiento.

El proceso elaborativo

Conviene recordar el proceso de elaboración de un relato tan extenso, tan variado y complejo como la *GE*, para entender sus características fundamentales. Para la recta comprensión de una obra medieval de este género, escribía Diego Catalán: «resulta imprescindible reconstruir y apreciar el proceso elaborativo, estudiando de cerca la técnica del trabajo en equipo, los objetivos, métodos y preocupaciones de los artistas que estructuraron la obra» (1992: 60).

Catalán lamentaba que Alfonso X no hubiera conseguido finalizar ninguna de las dos *Estorias* que patrocinó, pero señalaba que gracias a su carácter inconcluso había sido posible reconstruir cómo se elaboraron. Sabemos, para empezar, que la *Estoria de España* no fue redactada un capítulo tras otro. La construcción, la elaboración de un solo texto exigió la intervención sucesiva de distintos especialistas y cada fragmento «pasó por toda una serie de

o repositorios de libros selectos. Se ha pensado en la biblioteca de la catedral como posible solución, y al parecer esta poseía a mediados del siglo XIII ciertos *armarii arabum* frecuentados por los traductores, pero no hay seguridad de que estuvieran allí un siglo antes» (Márquez Villanueva, 1994: 76).

⁴ «Después que ove fecho ayuntar mucho escritos e muchas estorias de los fechos antiguos, escogí d'ellos los más verdaderos e los mejores que y sope e fiz ende fazer este libro» (*GE*1, I, 6), escribía Alfonso X al frente de la *General Estoria*. Sorprenden algunas ausencias entre las fuentes, como las obras de Tito Livio.

etapas elaborativas» (Catalán, 1990: 48). En un principio se tradujo *De rebus Hispaniae* (1243-1246) de don Rodrigo Ximénez de Rada, que habría de servir de columna vertebral de la historia, y se le añadieron glosas etimológicas y actualizaciones. En una segunda etapa se enlazó a esta traducción el relato paralelo del Tudense y ambos relatos se conjuntaron minuciosamente. A esa historia mixta de dos autoridades se le fueron sumando después unas narraciones de carácter particular, como la historia de Fernán González, la *Historia Roderici* o la historia árabe de la destrucción de Valencia y se incorporaron relatos de la poesía épica popular. La última etapa elaborativa consistió en «encuadrar toda esta narración en un estricto casillero cronológico» y repartir los sucesos por años de reinado (1990: 49). Sin embargo, y como he señalado desde el principio, estas etapas no se cumplieron por varias razones, y este hecho ha permitido indagar en el proceso de formación, por un lado, y por otro, ha obligado a los estudiosos a elaborar nuevas hipótesis sobre el grado de elaboración que recoge tal manuscrito o tal sección de una crónica, y a qué criterio obedece la versión que recoge unos hechos e ignora otros⁵.

En cualquier caso, la referencia a los talleres, la existencia de un trabajo organizado en etapas no debe olvidarse. Las diferencias entre las distintas versiones de la *EE* son evidentes, como tendré ocasión de recordar, y los estudiosos de las obras historiográficas necesitan apelar al proceso elaborativo para justificar el estado en que nos llegan unos manuscritos, pero también cómo se elaboró la obra que editan y estudian⁶.

Muchos investigadores reconocen la necesidad de entender las obras historiográficas como fruto de un trabajo en equipo. Para conocer las modificaciones que sufrió el texto antes de ser definitivo e incorporarse al caudal de la *General Estoria*, Sánchez-Prieto proponía un proceso en el que se reconocen tres fases. La primera correspondería al romanceamiento de textos

⁵ Para Leonardo Funes, el esquema de etapas elaborativas no se reconoce de modo uniforme ni siquiera en la sección terminada de la *EE*. Las quebras y falta de elaboración descubren para él que no todos los equipos compartieron el esquema metodológico. Su conclusión le lleva a considerar la hipótesis de que «las tareas no se habrían dividido por etapas [...]». Cada equipo habría llevado su trabajo hasta su terminación en la sección cronística que tenía a su cargo» (Funes, 1997: 18-19).

⁶ Aunque los historiadores que formaron los equipos trabajaron siguiendo los mismos principios historiográficos, «no siempre compartían la versión de los hechos del pasado construida por sus colegas» (Fernández-Ordóñez, 1992: 11). Así las cosas, la *EE* alfonsí sufrió diversas refundiciones y reformas llevadas a cabo por miembros diferentes del taller historiográfico que la elaboró. Estas versiones no son redacciones alternativas del texto completo de la obra, sino de algunas de sus secciones.

latinos, traducción de textos árabes o versión de textos franceses; la segunda consistiría en la labor de ensamblaje de los textos castellanos que surgieron de la primera etapa y a la tercera «competería dar “definitiva” en un códice regio al texto de los “ayuntadores”» (Sánchez-Prieto, 2009 GE1: lxxxviii). Las discrepancias y diferencias entre los textos de las primeras fases y las últimas serían evidentes, sobre todo en aquellos pasajes muy elaborados, en los que se practicó una fina taracea y ajuste, pero no solo en ellos. Incluso la traducción de un solo texto de origen bíblico con el concurso de la glosa que lo acompañaba merece un análisis detenido, pues la traducción nunca era solo el original trasladado de una lengua a otra.

Las traducciones no se embutían una tras otra hasta formar el texto historiográfico. El texto requería una serie de precisiones para adecuarse a los intereses y al fin de la *estoria*. Y en este ajuste, a veces fino y a veces grueso, debieron de intervenir varias personas. No se trata de multiplicar etapas ni de hacer más complejo el esquema, sino de reconocer la existencia de cambios que adecuaban el tejido de la traducción al objetivo final, al sentido que se quisiera otorgar al texto⁷. Belén Almeida y Elena Trujillo (2009: LXXV y ss.) recordaban que en la incorporación de la *Farsalia* y la historia de los *Macabeos* se realizaron correcciones y añadidos en la traducción. Los ajustes pretendían mejorar la lógica interna del texto, explicar elementos o relaciones que estarían sobreentendidos, modificar, incluso, la modalidad del texto de la fuente (por ejemplo, con la creación de discurso directo allí donde la fuente no lo presenta), al tiempo que se identificaban lugares o se detallaban peculiaridades de la religión o de las costumbres latinas (en el caso de la *Farsalia*).

Tener en cuenta las etapas elaborativas cumple una doble función. Por un lado permiten reconstruir el trabajo realizado en los talleres alfonsíes. Por otro, se han convertido en un aparato conceptual, en elemento de estudio para los investigadores. Si antaño sirvieron de creación, hoy valen de instrumento de análisis y tendré oportunidad de recordar que muchos estudiosos acuden a las etapas para explicar la transmisión y las características de algunos manuscritos que nos han llegado. La práctica concreta de los trasladadores, ayuntadores o compiladores y capituladores reunidos en el taller provocó una transformación de la tradición historiográfica latina y de todo el universo que lo rodeaba (Funes, 1997: 20).

⁷ La «historia escrita» del reinado de Alfonso X no era «más objetiva y fiel a los hechos» que el «pasado recordado», señala el profesor Linehan y señala que «necesitamos saber quién era responsable de lo que contenía el libro, y de quién eran las manos que corregían las pruebas finales» (Linehan, 2012: 449).

Entre etapas

De la misma manera que considero esencial la delimitación de trabajos para la creación de un texto cronístico, considero también esencial reconocer que las etapas no deben considerarse compartimentos estancos, cerrados y no comunicados entre sí. Es muy posible que, en principio, los trabajos estuviesen bien delimitados pero las tareas tuvieron que relacionarse y en este punto hubo desajustes, cuando no falta de acuerdo entre unas y otras fases del trabajo.

De todas las tareas mencionadas, la traducción es la que aparece de manera más continua y permanente en el proceso de composición de los textos, pues atraviesa distintas etapas de elaboración. No se trata, en absoluto, de privilegiar el traslado y convertirlo en la etapa más importante. Probablemente sea el trabajo de organización de los hechos lo que otorgue a las *Estorias* alfonsíes su perfil y característica más acusados. Pero la traducción es una actividad que aparece desde el primer momento; las traducciones se rehacen y reescriben según los fines buscados para cada sección de la historia, incorporan aclaraciones de todo género y se acomodan y modelan (resumen o amplifican) en función del uso que vaya a dárseles. Es evidente, por lo demás, que no se pueden compilar textos si no los hay, y no se compilaban textos latinos, sino traducciones, de manera que el romanceamiento fue, sin duda, una de las tareas previas y siempre estuvo presente en los trabajos de sucesivas etapas. Por eso creo que más que hablar de etapas vinculadas a grupos independientes de personas, parece preferible referirse a tareas realizadas con los textos. Existió, desde luego, un momento que puede aislarse, como es la traducción, pero el resultado de ese trabajo fue después amoldado para ajustarlo a unos fines concretos. Se realizaron distintas operaciones en los textos al trasladarlos y una vez trasladados. El profesor Georges Martin es quien se ha referido a *operaciones* («reproduire, réunir, bâtir, agencer, reviser»). En el último apartado, la revisión, escribe:

La traduction au castillan à quoi étaient soumises les sources latines favorisait la mise en place de dispositifs sémantiques d'ensemble qui, traversant leur division, produisaient une signification globalement différente de celles des textes compilés (1997: 108).

Era inevitable que las operaciones de traducir, compilar o capitular convergieran y llegaran a colisionar en ocasiones, y no solo por el hecho de que los traductores y los compiladores pudieran compartir una tarea. Esta convergencia de funciones puede proceder de la circunstancia contraria. Es

seguro que a veces transcurría mucho tiempo entre una etapa y otra⁸. Téngase en cuenta que las traducciones se hicieron con una diferencia notable de años respecto de su incorporación a la *General Estoria*. Las traducciones debieron preceder, sin duda, a la elaboración de la historia universal. Es muy verosímil que los alfonsíes tradujeran antes que nada la Biblia, pues habría de servir como «árbol» a la historia y no es impensable que se acometiera la traducción cuando aún no se había perfilado completamente la idea de elaborar una historia del mundo» (Sánchez-Prieto, 2009 GE 1: lxxxiv). Este no es un proceder infrecuente en los trabajos alfonsíes. En el prólogo a la *Ochava esfera* se nos dice que en 1256 Yehuda el Coheneso y Guillen Arremón tradujeron los materiales y veinte años después la obra tuvo por ayuntadores a «Joan de Mesina et a maestre Yehuda el sobredicho et a Samuel». Está claro que Yehudá (Judá ben Mosé Hacoheh) trabajó en la obra en dos momentos distintos (1256 y 1276) y con dos cometidos diferentes (primero *trasladador* y luego *ayuntador*). Leemos, además, que Alfonso «endereçó et lo mandó componer (...) et tolló razones que eran sobeianas (...) et quanto en el lenguaje endereçólo él por sise» (Menéndez Pidal, Gonzalo, 1951: 370). El *Libro de la Ochava Esfera* es fruto de la reelaboración de materiales diversos traducidos en unos años y ‘ayuntados’ en otros. Como ya he dicho, a veces transcurrió mucho tiempo desde que se llevaron a cabo las traducciones iniciales hasta que se compuso el texto y se hizo trasladar a un códice. Sabemos, por ejemplo, que *La Farsalia* de Lucano fue trasladada muchos años antes de que se necesitase para la elaboración de la Quinta parte de la *General Estoria*, pues se empleó también en los capítulos 10-16 del Libro V del Génesis en la primera parte, y en la historia de la conquista romana de España (capítulos 91-100, 102 y 104 de la *Estoria de España*).

Los redactores de las dos grandes *Estorias* alfonsíes compartieron en ocasiones los mismos romanceamientos, pero los reelaboraron de distinta forma⁹. Inés Fernández-Ordóñez ha demostrado que los compiladores de

⁸ Resulta interesante la idea que enuncian los redactores del prólogo de la Sexta Parte sobre el plan de trabajo realizado en las partes anteriores. Se afirma que siguen «fasta aquí la ordenación de los capítulos de la tribu», es decir, la historia del pueblo de Israel, y que entre un capítulo y otro pusieron «todos los grandes fechos e las estrañas cosas que acaecieron por el mundo en aquel tiempo». Pero el método compilatorio seguido antes no fue ese. Al final de los capítulos bíblicos se añadía noticia de godos, gentiles, romanos, árabes. Este nuevo equipo, señala Sánchez-Prieto, «muestra cómo el grandioso proyecto alfonsí había declinado» (2008: 152).

⁹ Cuando dos fragmentos alfonsíes (dos capítulos de la misma obra o dos obras diferentes) aprovechan el mismo material de la fuente, es frecuente que no coincida el modo del discurso, sino que una lo mantenga como la fuente y otra lo cambie, o que lo modifiquen de distinto

la *General Estoria* y la *Estoria de España* usaron de manera independiente la misma traducción y que las discrepancias entre las dos obras alfonsíes deben explicarse como resultado de la diferente compilación de cada una en función de sus objetivos historiográficos (1992: 137-138) y aduce ejemplos que proceden de la traducción de los capítulos 4, 5 y 7 del Libro I de la *Historia Gothica* del arzobispo don Rodrigo dedicados a la estancia de Hércules en España, y de los capítulos 3, 8 y 10 sobre el relato del origen del pueblo godo y su dispersión por Europa. Los talleres compartieron adiciones, omisiones y errores de una misma traducción del texto latino: «Las semejanzas resultan difíciles, si no imposibles, de explicar a no ser que admitamos la existencia de una traducción previa común empleada libremente para cada compilación» (1992: 143). Esta diferente actitud ante un mismo texto, según la orientación concreta buscada, aparece en otras ocasiones, como en la obra de Orosio. Mientras la *GE* traduce sin perder detalle, la *EE* resume párrafos muy extensos. El contraste entre el modo de adaptar el relato de la fuente se manifiesta en el distinto uso que se hacía de unas noticias y el diferente interés que despertaba entre los compiladores:

Mientras que la *GE*, en su categoría de historia universal, incluye con idéntica prolijidad el relato de los sucesos siguientes a la muerte de Julio César, ocurridos en escenario no hispano, y el de la conquista romana de los últimos pueblos rebeldes en España, para la *EE* tenían mucho más interés las campañas de Augusto en la península ibérica que los acontecimientos de Italia y del Imperio en Oriente (Fernández-Ordóñez, 1992: 115).

La comparación de pasajes procedentes de las mismas fuentes en ambas obras historiográficas demuestra que los equipos encargados de las compilaciones compartieron los materiales básicos de su trabajo, esto es, las traducciones. La profunda reelaboración (estilística y compilatoria, de acoplamiento con otras fuentes) a que esas versiones fueron sometidas con el fin de adaptarlas al plan preconcebido de cada *Estoria* ha ocultado la primitiva relación que existía entre ellas y las dos magnas *Estorias* (Fernández Ordóñez, 1992: 148).

No es que la historia universal y la local conociesen dos traducciones distintas o dos maneras diferentes de traducir, sino que adaptaron la misma para sus planes respectivos. El uso y la traducción de *La Farsalia*, antes mencionada, nos invitan a pensar de nuevo en la distinta orientación que

modo, lo que lleva a pensar que muchas de estas conversiones y las modificaciones que las acompañan no estuvieron en las traducciones que los compiladores alfonsíes utilizaban para la elaboración de las diferentes *estorias* (Almeida Cabrejas, 2006).

se le dio. Una y otra historia emplearon las mismas traducciones, pero las resumieron y refundieron en función del diferente campo histórico de una y otra, así como del sentido otorgado. Es probable que la discusión en el seno de los talleres invitara a promover una nueva redacción. Los capítulos dedicados a la historia de Hércules, a la reina Dido, a los orígenes del pueblo godo o a las guerras de Pompeyo y César en España se narraron en ambas *Estorias* y se redactaron a partir de las mismas traducciones de las fuentes, pero cada *Estoria* las reelaboró libremente. Una y otra no solo compartieron las mismas fuentes, sino también algunos materiales elaborados.

Algunos fallos a la hora de ajustar los textos (repeticiones de la misma noticia, presencia de lagunas compilatorias, no titular algunos capítulos de acuerdo con la orientación de un segmento completo de la obra, etc.) nos descubren cómo se procedía a la hora de armonizar relatos y cómo actuaban los compiladores con los textos traducidos. De estos desajustes se han ocupado varios investigadores. Pedro Sánchez-Prieto ha demostrado algún desarreglo en el relato de la vida del rey Salomón tal y como aparece en la *GE*, que ayuda a entender cómo se gestó la obra. De los catorce capítulos que constituyen la vida de Salomón, los diez primeros son traducción del Libro tercero de los Reyes de acuerdo con la Biblia Vulgata. En este punto se insertan, según señalan los historiadores alfonsíes, otras noticias, una de la historia universal del *Pantheon* de Godofredo de Viterbo. Sin embargo, la información recogida no es de Godofredo, sino que aparece en la propia Vulgata. Es posible que algún códice del *Pantheon* viniera comentado por extenso con algunos pasajes de la Biblia, integrada incluso en el texto, y de aquí pasó, al ser considerada como información nueva, al texto alfonsí. Se trata de un caso de información duplicada. La traducción bíblica constituye el núcleo de la historia al que se añaden otros pasajes en un segundo momento. Unos se apostillaban con otros (Sánchez-Prieto Borja, 1997: 1401). El compilador añadió esa nueva versión del mismo capítulo, sin darse cuenta de que estaba duplicando la información.

Los compiladores modificaron los traslados para hacerlos más comprensibles o ajustarlos al curso y sentido de la *Estoria*. En el caso de duda, es improbable que acudieran de nuevo al texto original (latino o francés) para resolver sus inseguridades. En muchos casos resolverían los problemas planteados en el momento de combinar las fuentes, pero incluso cuando no se plantearan problemas de comprensión, sería raro que la modesta traducción no sufriese modificaciones. Los compiladores no se limitaron a incorporar sin más el texto que habían recibido de los traductores, sino que lo ampliaron con referencias o aclaraciones para que el lector relacionase más fácilmente los sucesos entre sí. Incluso aquellas obras que aparecen en la *GE* sin ser sometidas a contraste con otras fuentes dejan de experimentar algún cambio. Así, por ejemplo, la

Estoria de Alexandre que se narra en la *GE* no es una simple traducción de la *Historia de preliis* del arcipreste León de Nápoles, pues su orden narrativo no siempre se respeta en la versión alfonsina (es cierto que, en ocasiones, se compiló recurriendo al poema *Alexandreis* de Gautier de Chatillon).

Si los compiladores no entendían un pasaje, bien porque los traductores se hubiesen confundido, bien por haber traducido de manera excesivamente literal y usando expresiones extrañas al castellano, no era infrecuente que introdujeran palabras o frases para hacerlo comprensible, o que se vieran obligados a cortar una oración compleja y a retocarla (descomponerla en otras más simples, por ejemplo) al incorporarla al texto que se quería como definitivo. A veces, las modificaciones de la fuente van en una dirección distinta a lo simplemente organizativo. Belén Almeida ha estudiado algunos de los cambios en las traducciones alfonsíes, como son los procedimientos para la creación de discurso directo, así como aquellos contenidos que invitaban más a esta tarea. Almeida ha estudiado un sistema de *amplificatio* que consiste en crear, a partir de una situación de habla, un discurso directo o indirecto, o en otras ocasiones, *inventar* un turno de palabra no existente en la fuente que se sigue. El examen de este tipo de *amplificatio*, como es lógico, no será posible realizarlo con total garantía más que allí donde conocemos cuál fue la fuente seguida. La creación de discurso directo ha sido estudiada en *Fet des Romains* (1213-1214) que traduce a Salustio, César, Lucano y Suetonio. Los editores Flutre y Sneyders de Vogel reseñan la habitual conversión de los fragmentos en estilo indirecto, frecuentes en César, a estilo directo; se trata de un rasgo que está en consonancia con una traducción muy libre de los textos latinos, que incluye refranes, exclamaciones e interjecciones o frases familiares. La intención del traductor francés era aligerar y avivar el texto, aunque estos discursos tuvieran también funciones organizativas y sirvieran a la estructura dual tan frecuente en textos medievales, como es el caso de un discurso de un personaje para oponerlo al de otro. Por lo demás, hay temas que invitan más que otros a que aparezca en la traducción un discurso directo cuando no estaba en la fuente, como cuando un general o jefe militar da una orden o hace una admonición a sus soldados o a otro colectivo, y también se usan para subrayar actos individuales de valor¹⁰.

¹⁰ *Farsalia*, 7,574-5 «*Ipse manu subicit gladios ac tela ministrat / aduersosque iubet ferro confundere uultus*» (Con su propia mano les suministra espadas y abastece de dardos y les ordena cruzar con el hierro la cara de quienes se les opongan) GE5 E: «a los que se les cayén de las manos andávalas tomando el César e dándogelas, e otrosí las lanças, diziéndoles: “Ferid como varones por caras e por quanto alcançáredes”». Tomo este ejemplo del estudio de Almeida (2006), donde el lector encontrará otros muchos.

La traducción es, en definitiva, uno de los medios, si no el esencial, por el que se transmite el conocimiento y mediante el cual se adapta y manipula una cultura. Un texto bíblico que se traduce con el apoyo de una glosa o una fábula de Ovidio, que se interpreta e incorpora a través de la *lectio* en el texto alfonsí y se la hace decir más o menos cosas de las que estaban en su origen, o los textos traducidos que se sometían a un delicado pero intenso proceso de taracea para hacerles decir lo que interesaba en un pasaje de la *Estoria*, son ejemplos del modo de traducir, es decir, reescritura y transmisión de textos. Me referiré más adelante a este hecho.

LOS VARIADOS DISCURSOS Y MODELOS DE LA TRADUCCIÓN. FILOLOGÍA Y TEORÍA

¿Qué original se tradujo?¹¹

La traducción, escribía el maestro Claudio Guillén, se nos aparece como «una forma de comunicación ternaria que abraza segmentos diferentes en el tiempo y en el espacio» (Guillén, 1985: 345). Debemos considerar en primer lugar un texto (el texto en lengua original) que es el que lee un receptor. Llamaremos al texto A y al receptor B, y representaremos la relación entre ambos como A→B. Esta relación constituye el segmento I. A se convierte en C una vez que ha sido traducido y llamaremos D al público que leerá C. A este segundo segmento lo representamos de manera análoga: C→D. Así las cosas, el proceso que se opera con la traducción puede representarse así:

$$\begin{array}{ccc} A \longrightarrow B & // & C \longrightarrow D \\ I & & II \end{array}$$

El proceso que lleva de A a D supone un esfuerzo por extender, más allá del remoto entorno originario, la comunicación latente en un texto, procurado anular diferencias y suprimir distancias.

¹¹ Cuando hablo de original, me refiero al texto que se traduce, y no tiene necesariamente que ver con la acepción que se da a esta palabra en la crítica textual. En el proceso de la *recensio*, se identifican los testimonios que transmiten una obra y suelen remontar a un manuscrito o impreso que existió en algún momento o que todavía se conserva. A este códice suele denominársele *códice original* u *original*. En ocasiones el original es un texto que refleja la voluntad del autor y que no se corresponde con ningún códice o impreso concreto (*vid.* A. Bleuca, *Manual de crítica textual*, Madrid, Castalia, 1983, pp. 60-61).

En el caso que nos ocupa, se trata de saber, en primer lugar, qué era A. ¿Qué texto tradujeron los alfonsíes? Ya he recordado el decisivo proceso de recopilar fuentes, pero esta indagación, por muy minuciosa y erudita que sea, no responderá a nuestra pregunta. Ni siquiera en el caso de que pudiéramos examinar el texto que estaba sobre los atriles de los talleres nos daría la seguridad de que se tradujo ese texto y solo él, y que no se incorporaron materiales exegéticos. Lo más probable es que no se tradujera ese texto o no se tradujera como única fuente y, desde luego, no con la fidelidad que hoy se exige a las traducciones¹². En otros, en la mayoría de los casos, en la que no disponemos del original (¿qué idea se tenía de un original a mediados del siglo XIII?), no sobrará plantearse su reconstrucción, si es que se desean conocer a fondo los modos de traducir de los alfonsíes. Si se pretende realizar una edición crítica, la reflexión y reconstrucción del modelo subyacente parece una obligación.

Nadie ha dicho, y Claudio Guillén tampoco lo hace, que identificar el texto A sea una tarea sencilla. Y esto se refiere no solo a las obras nacidas de la transformación y compilación de varios originales, sino que se plantea también en la traducción de un único texto. Pero es indiscutible que la relación de las obras históricas alfonsíes con sus fuentes y su traducción, así como con su disposición y compilación es muy peculiar.

Hasta no hace mucho se consideraba que los compiladores alfonsíes habían llevado a cabo una compleja elaboración de diversas fuentes, que tradujeron (amplificaron, alteraron y resumieron) y organizaron de acuerdo con un plan establecido. Se había instalado la convicción de que las traducciones literales eran escasas, y que muchas de los *esponimientos* que acompañan a los textos eran ampliaciones de los compiladores. Este planteamiento es aceptable para algunas secciones de la *General Estoria*, pero no agota, ni mucho menos, las dificultades y riquezas que presenta la traducción en la *GE*.

El modelo y el original

En el prólogo a la *GE* se dice que se hizo acopio de materiales para la elaboración de la gran crónica universal. Entre las obras que pudieron reunirse estuvo sin duda la Biblia Vulgata. No conservamos los ejemplares

¹² Téngase en cuenta que la noción de fidelidad no es universal, sino que cada cultura la entiende de una manera distinta. No debe pedírsele a un traductor castellano del siglo XIII la misma actitud en su trabajo que a un traductor francés del siglo XIX (Rubio Tovar, 2013).

que tradujeron los alfonsíes, y no resulta fácil determinar la forma textual exacta de la Vulgata y de las otras fuentes que manejaron. Al no conocer los manuscritos de que se sirvieron los equipos de trabajo nos vemos obligados a intentar reconstruir los textos subyacentes mediante la comparación entre la traducción castellana y las variantes con las que se difundieron los textos latinos que sirvieron de base a los alfonsinos, como han demostrado Margherita Morreale y Pedro Sánchez-Prieto en varios de sus estudios. La reconstrucción nos permitirá descubrir a veces la naturaleza del romanceamiento, cómo y por qué razón se tradujo de una manera concreta.

Los traslados bíblicos seguidos en algunas partes de la *GE* (GE3 GE1) dependen del modelo conocido como Biblia de París. En efecto, los textos que se manejaron en los talleres aparecen representados en parte en la edición de los monjes benedictinos de la abadía de San Jerónimo de Roma y que conocemos como arquetipo Ω . El subarquetipo está representado por varios códices. Ninguno de los testimonios da verdadera y satisfactoria cuenta del texto romanceado en la *GE*, pero parece que el utilizado en los talleres fue alguno próximo al Ω^s o *Sorbonicus* (*Ms. Parisinus* lat. 15467 de la BN de París). Hay que tener en cuenta las variantes textuales recogidas en el aparato crítico de la edición benedictina de la Vulgata como punto de partida para reconstruir el texto al que se enfrentaron los traductores. Por lo demás, y aunque sepamos que el modelo principal fue un texto de la familia Ω , «hubo otros textos de la Vulgata, glosas, comentarios, etc., que sirvieron de importante apoyo para el traductor» (Fernández-Ordóñez, 2009: xxxviii).

No es imposible que aparezcan los textos latinos, árabes o franceses utilizados en los talleres, pero es probable que el original, tal y como lo entendemos, como un texto único y concreto del que se traslada, no haya existido en muchos casos. Quiero decir que, la idea de original contemporánea no responde a la que tenían los hombres cultos del siglo XIII, ni ayuda a entender la clase de traducción que se llevó a cabo¹³. Las traducciones alfonsíes se apoyaron a menudo en las glosas que arropaban a la fuente, el original que necesitaba siempre de aclaraciones, y a veces de las obras de los grandes *esponedores* y sabios que dirigían la exégesis del texto. En otras ocasiones se

¹³ Al referirse a las varias versiones de la *Estoria de España*, el profesor Funes destaca que no existiera «un modelo autorizado sino que los cuadernos de trabajo eran tomados como auténticos borradores pasibles de todo tipo de enmiendas, agregados y supresiones» (Funes, 1997: 13), con lo cual, se dibuja para él un cuadro de situación que nos permite decir que no existió un original y que se han de estudiar de nuevo los manuscritos para trazar una hipótesis seria de trabajo.

acudió a la *lectio* para incorporar, por ejemplo, un mito ovidiano en el caudal del texto, lo que supone una transformación radical de la fuente. Finalmente, no se debe olvidar que los colaboradores alfonsíes introdujeron también explicaciones que provenían de su propio saber y que no encontraremos en material exegético alguno.

Además de por su prestigio, la Biblia de París tuvo mucha difusión en Europa por el tamaño reducido de los códices en que se copiaba. La edición crítica preparada por los benedictinos (*Biblia Sacra*, 1929-1995) nos ha permitido reconstruir un modelo cercano a aquel del que se sirvieron los talleres. En cualquier caso, y por más conciencia que tengamos de que el texto del que se traducía o no se conserva o no responde a la idea de original que tenemos nosotros, es imprescindible, desde un punto de vista metodológico, partir de un códice específico pues si no es así, «nos veríamos en el trance de construir una biblia que no existió nunca, hecha a la medida de nuestras conjeturas» (Morreale, 1968-1969: 113). Este hecho nos permite avanzar en la investigación y dar algunos pasos en una dirección sólida y salir de un círculo vicioso que nos impone que: «para establecer las lecciones dudosas del texto latino hay que saber cómo traducía el romanceador, y, para saber cómo traducía el romanceador, es necesario conocer el texto que le servía de base (o los textos, ya que es posible que se sirviera de más de una biblia latina)» (Morreale, 1968-1969: 111).

El texto bíblico no se difundió sin anotaciones, sino acompañado por una poderosa e influyente exégesis, que afectó de manera capital a la difusión e interpretación de la Biblia alfonsí, como ha estudiado con acierto Pedro Sánchez-Prieto. De entre todas las interpretaciones de las que se sirvieron los traductores alfonsíes recordaré en primer lugar la *Glosa*, nombre con el que se designa, a partir del siglo XII, al conjunto de comentarios que acompañaron al texto latino de la Biblia parisina y cuyo estudio resulta imprescindible para establecer una jerarquización de los testimonios de algunas tradiciones textuales¹⁴. A principios del siglo XIII, la *Glosa* se impuso como corpus oficial en la interpretación de la Sagrada Escritura¹⁵. En este

¹⁴ Se trata de considerar lo bíblico en su conjunto, como señalaba Sánchez-Prieto (2008), es decir, el texto de la Vulgata junto con el inmenso aparato interpretativo de las *glossae*, *glossulae*, *comenta* a que dio lugar. La Biblia no era solo la Biblia sino también un corpus exegético que hacía bueno el principio alfonsí de que «no hay cosa que sin significança sea».

¹⁵ En muchos casos, la influencia de la glosa es definitiva en el proceso de traducción, y no solo en los textos bíblicos, sino también en los profanos, como en las *Heroidas*. Irene Salvo ha demostrado «la existencia de una profunda modificación interna en el proceso de traducción», como fruto de la recepción de la glosa medieval que, asimilada, «se explicita en los matices de traducción internos de la epístola» (Salvo, 2009: 227).

punto, conviene recordar que el investigador ha de estudiar la relación entre el texto latino de la Biblia (con la ayuda de las anotaciones de la edición crítica de los benedictinos), la glosa que lo aclara y el texto romanceado, que siguió a aquel y a esta en muchas ocasiones.

La relación entre texto y glosa resulta indisociable y condicionó la ejecución material de los códices bíblicos. La disposición de uno y otra explica la permeabilidad entre los dos niveles. Las biblias que contuvieran la *Glossa ordinaria* podrían fácilmente dar lugar a ejemplares en los que algunos segmentos de función exegética se integrasen en el nuevo ejemplar. La distinción entre el texto de la Vulgata y su exégesis, presenta distintas modalidades en la versión romance, que se muestran en la presencia o no de diversos indicadores sintácticos de la transición de texto a glosa, que son trasunto del *ut dict Gloss, id est, vel, videlicet...*, que aparecen en la exégesis latina. A veces se menciona al autor de donde se toma una *esplanación* (Comestor, Gualterio de Châtillon) pero son también frecuentes los anónimos *esponedores* de la Biblia. Otras veces aparecen con nexos introductorios como: es cosa que, quiere decir como, etc., pero en otras ocasiones la explicación aparece sin nexo introductorio y se incorpora sin más al texto (Sánchez-Prieto y Horcajada, 1994: 59 y ss)¹⁶.

Interesa destacar que el modelo latino que debieron de manejar los alfonsíes estaba muy glosado y que el romanceamiento alfonsí de algunos textos bíblicos, las explicaciones de muchas frases y palabras, no provienen de ninguna *amplificatio* de los componedores del texto, sino que estaban en el modelo latino. Los estudios de Sánchez-Prieto sobre algunos libros bíblicos son determinantes. Así, por ejemplo, la presencia de un amplio *apparatus* exegético en los códices que transmitieron la vida de Salomón (tercera parte de la *GE*), invita a atenuar la desviación de los traductores alfonsíes respecto de sus fuentes. Su conclusión es que: «La identificación en la glosa subyacente de un gran número de *incidentia*, escolios, apostillas y comentarios de diverso alcance obliga a reconsiderar el concepto de *amplificatio*, que más

¹⁶ Según Fernández-Ordóñez, en el texto alfonsí hay dos tipos fundamentales de intervenciones glosadas, las *compilatorias* («breves aclaraciones léxicas, bien contextuales o históricas, o bien precisiones concretas sobre la traducción, todas ellas debidas a los traductores o compiladores») y las *extratextuales* (tomadas de diversos autores y colecciones de escolios). Si nos limitamos al segundo tipo, los comentarios pudieron haber llegado a los traductores alfonsíes de diferentes modos, que no son excluyentes entre sí: tras consultar los propios textos de los glosadores o bien, mediante la consulta de recopilaciones como la consulta de recopilaciones como la *Glossa ordinaria* o mediante un modelo de Biblia comentada de la Vulgata (Fernández-Ordóñez, 2011: xxxix).

que a la sustancia narrativa, ha de aplicarse al modo de elaboración verbal de la crónica» (Sánchez-Prieto Borja, 1997: 1416)¹⁷.

En este caso, y en otros muchos, y a la vista de los códices que en el siglo XIII difundieron la Biblia con su glosa, debe concluirse que los traductores y compiladores alfonsíes tan solo tradujeron y no amplificaron el texto latino con aclaraciones que provenían de su cosecha. Esta constatación tiene consecuencias muy importantes para conocer el modo en que trabajaron los talleres alfonsíes, pues permite asentar en un terreno firme la técnica de la traducción¹⁸. La lista de las glosas identificadas ayuda a concluir la necesidad de apurar hasta en los detalles más pequeños –y que a priori podrían atribuirse a la modalidad de la traducción realizada– la reconstrucción de las fuentes para la edición y evaluación de muchos textos romances nacidos de una traducción.

Pero el hecho de que algunas traducciones provengan de determinada rama de la Biblia parisina no implica que todos los libros bíblicos procedan de la misma. El modelo que pudo servir de base para traducir el Pentateuco no tiene que ser de la misma escuela o tradición textual que el que se siguiera para el Cantar de los Cantares, por ejemplo. Se ha escrito con alguna ligereza sobre la unidad de *GE*, pero esta se resiente muy a menudo, incluso dentro de una misma parte. Estas quiebras se explicarían, «por el uso de distintos códices para los diferentes libros, lo que explica también cómo se fue gestando la obra y cómo los códices se adquirirían por medios diferentes» (Sánchez-Prieto y Horcajada, 1994: 21). Solo el rastreo de los modelos de cada libro bíblico en la *GE* revelará las dificultades del texto con que se medían nuestros traductores y permitirá situar el traslado en la historia de la Vulgata. Aquel que se enfrente al estudio de la traducción en la *GE* y el que aborde la preparación de una edición crítica deberá analizar los distintos modelos de los que pudieron haberse traducido los distintos libros de la Sagrada Escritura¹⁹.

¹⁷ «No se ha de pensar, sin embargo, que los compiladores alfonsíes fueran incapaces de añadir nada de su propia cosecha. La sola contraposición entre las fuentes, su encaje y la discusión sobre su validez sitúan a la *GE* muy por encima de cualquier obra historiográfica medieval europea» (Sánchez Prieto, *GE3* 2009: LXX).

¹⁸ «El hábito medieval de leer los grandes textos con escolios o comentarios seguidos es clave del modo alfonsí de “traducir” o aprovechar las fuentes» (Rico, 1972: 49 nota 12).

¹⁹ Por otra parte, la reflexión sobre el modelo bíblico seguido por los traductores alfonsíes es indisoluble del objetivo de llevar a cabo una edición crítica, tal y como la que realizaron Sánchez Prieto y B. Horcajada para la tercera parte IV, Libros de Salomón: *Cantar de los Cantares*, *Proverbios*, *Sabiduría* y *Eclesiastés*, que aparecen en la tercera parte de la *GE*.

GÉNERO, TRADUCCIONES Y TRADUCTORES

Expresión no unitaria

La expresión de la *GE* no es unitaria. Una cosa es que se sustente en principios ideológicos y conceptuales claros y concretos, y otra cosa es que su plasmación textual diera lugar a un producto uniforme. No pudo serlo porque el proceso de elaboración de la obra era muy complejo y se desarrolló durante demasiados años. Por otro lado, los colaboradores debieron de tener una formación muy distinta y es probable que existiera falta de coordinación entre unos y otros equipos. La envergadura de la empresa historiográfica, la cantidad y variedad de fuentes manejadas dio como resultado un texto que abarcó variados modos discursivos, registros y pautas de interpretación, de traducción y de compilación. Por lo tanto, «no puede esperarse homogeneidad de procedimientos» (Funes, 1997: 19). No deberíamos obsesionarnos en la búsqueda de una unidad a cualquier precio, como si fuera un objetivo buscado y necesario en la obra. Los colaboradores del rey sabían del tono distinto de las obras traducidas y sabían que no todos los libros se debían traducir de la misma manera. Una de las razones que explica precisamente la falta de unidad es la variedad y las diferencias que encontramos en las traducciones. La Biblia es una verdadera biblioteca en la que aparecen representados libros de distintos géneros literarios con un lenguaje y una expresión diferentes. A la hora de caracterizar el modelo alfonsí, debemos hablar de una tarea colectiva en la que sería inevitable la diversidad de procedimientos. En ese modelo tenemos «grandes pautas ideológicas y estructurales al servicio de una intencionalidad establecida por el rey [...]» y por otro, un «abanico de realizaciones concretas en el entramado menudo de las secuencias narrativas» (Funes, 1997: 19).

Es cierto que podemos caracterizar como típicamente alfonsí el discurso que aparece en aquellas partes que fueron revisadas y corregidas. Pero las obras historiográficas no se terminaron y se conservan numerosas secciones que recogen traslados incorporados al caudal del texto sin modificaciones y con una notable variedad en la factura de su prosa. Estas diferencias se explican por varias razones, y una de ellas es el dilatado espacio temporal en que se realizaron los traslados. Es muy probable que los trabajos preparatorios para elaborar las obras historiográficas comenzaran en torno a 1270 (fecha del documento que recoge la petición del rey a Santa María de Albelda y Nájera de algunos textos), pero no es imposible que algunas traducciones fueran incluso anteriores a ese año. Una tarea de traducción tan amplia y compleja como la desarrollada en los años del rey sabio tenga su origen en

la tradición traductora desarrollada desde antiguo en Toledo²⁰. Lo que es evidente es que se tradujeron obras destinadas a las obras historiográficas durante muchos años por equipos distintos y por muy diferentes traductores. Por otra parte, hay que tener también en cuenta que el diferente carácter de los libros bíblicos haría preferible un modo u otro de traducción y expresión. Es evidente que no se tradujo de la misma manera el Cantar de los Cantares que el Pentateuco. Por otra parte, los traductores considerarían, sin la menor duda, que la traducción de la Biblia no debía hacerse del mismo modo que la de fuentes narrativas de menor nivel.

El problema del género

No hay ninguna fuente, ni siquiera la conjunción de todas ellas, que explique una obra como la *General Estoria*. Ahora bien, sabemos que resulta inimaginable pensar que una obra tan compleja de concebir y elaborar pudiera surgir sin una idea que gobernase una organización y disposición de textos como la que encontramos. Margherita Morreale ha señalado que hay dos modelos que se solapan en su origen: el de la historia universal y el de la Biblia romanceada. Para Sánchez-Prieto, el engranaje esencial de ambas prueba que «el modelo historiográfico surgió, en parte, como desarrollo del romanceamiento bíblico de los libros de contenido más histórico» (2009, GE1: LXXXIV-LXXXV). La *General Estoria* parece haberse construido a veces siguiendo el modelo de la Biblia historial, es decir, una narración basada en la historia sagrada con intercalación de noticias referentes a otros pueblos, tal y como lo hace Pedro Coméstor en su *Historia scholastica*²¹. Pero esta obra no fue guía inmediata para el conjunto de la obra, como señaló Francisco Rico (1972: 49 y ss.). Alfonso X quiso abarcar todos los *fechos sennalados*, tanto los bíblicos como los que no lo son,

²⁰ Francisco Márquez Villanueva sostiene que la política cultural de Alfonso X gira «sobre el proyecto de la traducción», o se basa «en la piedra angular de las traducciones» y escribe: «El volumen de las traducciones alfonsíes ha de considerarse inmenso, pues por cuanto sabemos implicaba una puesta en castellano de cuanto libro utilizaba como fuente. Ha periclitado, pues, una enorme masa de materiales de trabajo en vernáculo. El mismo rey Sabio derivaba también, sin duda, una notable satisfacción ante aquel *romanzar* que constituía el centro de gravedad de su esfuerzo intelectual. Si no soñó tal vez con semejarse a Salomón con todo aquel “espadalinar”, si lo hizo con Júpiter (según él, un rey poderoso y benéfico) de quien dice que “romanzó las artes en Athenas liberales” y las hizo accesibles “en romanz de Grecia”» (1994: 79 y 81).

²¹ La *Historia scholastica* se escribió en 1169 y 1173, es una muestra acabada del género Biblia historial, y se llama así «por ser fecha pora pro de los escolares», tal y como se indica en la *GE*.

lo que implicaba escribir una historia del mundo, más amplia y ambiciosa. En cuanto al método para incorporar los textos en un marco amplio, está claro que se siguió el procedimiento de la *lectio* en muchas secciones, pero no en todas²². En muchos casos, la *GE* no pasa de ser una Biblia. Las versiones literales de la Vulgata ocupan amplios segmentos de las partes tercera, cuarta y quinta, mientras que en la primera está menos sujeta a la letra del texto, por el enorme peso de la exégesis, pero en cualquier caso, la traducción de la Biblia fue una tarea esencial para que el modelo que organiza una obra tan compleja existiese.

No todos los textos se traducen igual y en ocasiones es el género literario al que pertenecen el que influye más directamente en la clase de traslado. Los libros históricos, además de completarse con noticias que provenían de otras fuentes, se sirvieron de la glosa y en ocasiones alteraron el orden de los versículos de la Vulgata (como en la Vida de Salomón en GE3). En cambio, en los libros sapienciales de la Biblia (Proverbios, Sabiduría y Eclesiastés) de tono moral o doctrinal, o en los poéticos, la traducción es a veces literal. Esta diferente actitud de traductores y compiladores se refleja en el plano textual y explica la variedad de estilos a que me he referido antes:

En los libros poéticos suelen estos atenerse a la división en versículos, aunque no fuera explícita en los códices de la Vulgata, y más aún lo sapienciales, dando así lugar a un modo sintáctico *staccato*, mientras que la sintaxis de los libros históricos corresponde al modo trabado, con un periodo amplísimo en el que se insertan unas subordinadas dentro de otras. En gran medida, la prosa alfonsí refleja la enorme variedad sintáctica de la Biblia en su versión Vulgata latina (Sánchez-Prieto, 2008: 121).

La crítica ha infravalorado la influencia estilística de los modelos en la *GE*, pero resulta esencial para entender las traducciones. La mayor parte de los textos proféticos se traducen de una manera tan literal que a veces el texto resulta difícilmente comprensible, a pesar de lo cual, no se glosaron. Sin embargo, en otros libros bíblicos, como los históricos, la compilación y la glosa es mucho más frecuente. Según Fernández-Ordóñez: «el origen y carácter de los libros bíblicos influye en el grado de intervención a la hora de insertar exégesis a la traducción por parte de los compiladores alfonsíes» (2009: xxxviii).

²² «La *General estoria* no da tanto una traducción cuanto una “enarratio” de los “auctores” [...] Tan hechos estaban los compiladores a desmenuzar a los clásicos en la *lectio*, que, al usarlos en la crónica, recurrieron al mismo sistema de la *explanatio*, de no servirse del texto sino con la glosa» (Rico, 1972: 179).

Elena Trujillo y Verónica Gómez (2009) han llamado la atención sobre la diferencia entre las traducciones de los Salmos y los Macabeos. La sintaxis castellana es muy distinta en el caso de los Macabeos, pues los traductores no se limitaron a hacer una versión literal del texto bíblico sino que incluyeron la información de que disponían sobre la materia. El carácter narrativo y descriptivo de este libro favorece la inclusión de elementos explicativos en la narración.

Los libros poéticos, como los Salmos o el Cantar de los Cantares, se tradujeron con mayor fidelidad y con pocas concesiones al género historiográfico, lejos de la frase amplia, característica de la crónica alfonsí. Es posible que la ausencia de glosas o elementos explicativos en esta clase de libros responda a dos razones. Por un lado, el códice bíblico del que se traducía no recogía aclaraciones, por otro, la idea de que estaban ante un texto poético (y es posible que la idea de lo poético estuviera vinculada a lo rítmico) movió al trasladador a no incluir exégesis salvo en algún caso puntual.

El hecho de que unos libros estuvieran escritos en verso y se tradujeran en prosa no es asunto que pase desapercibido para lectores y traductores. Uno de ellos fue san Jerónimo. En *Literatura, Historia y traducción* (2013) he dedicado un espacio a esta figura capital de la traducción en Occidente. Sus prólogos a los libros de la Vulgata conforman pequeños tratados sobre las dificultades del traslado. De entre ellos cabe citar el de Isaías, que ofrece una interesante caracterización desde el punto de vista estilístico de este y otros libros, que ni van en verso ni en la «leyenda suelta», es decir, prosa, sino en una tercera forma rítmica en la que el versículo se articula en esticos. La crítica de los judíos a la falta de fidelidad de las versiones latinas antiguas (*Vetus*) es argumento recurrente en los prólogos de san Jerónimo. En el que aparece al frente del Libro de Isaías presenta la diferencia entre verso y prosa, la división de los versículos bíblicos en *cola* y *comata*. Es un texto riquísimo cuya posible consideración por parte de los traductores alfonsíes «merecería un detenido estudio rítmico y sintáctico», como bien señalaba Sánchez-Prieto (2009: xxxi). El texto dice así:

El que los libros de los profetas leyere e los viere escritos, por las maneras de las leyendas que los clérigos llaman viessos non los asme, que si por mesuramiento nin medida de letras nin de sílabas los fallare fechos en hebraico, que en ellos aya algo de los salmos nin de las obras de Salomón. Mas que escritos por aquellos departimientos e maneras de las posadas que suelen fazer en las leyendas. E son estas posadas, unas a que llaman en latín cola e comata, como en los libros de Demosten e de Tulio, que son fechos en la leyenda suelta, e es esta leyenda a la que llaman prosa, e non por aquella manera a que dizen viessos (Fernández López, 2010).

La sintaxis castellana es muy distinta en el caso de la traducción de los Macabeos, pues los traductores no se limitaron a hacer una traducción literal del texto bíblico sino que incluyeron todo el saber existente sobre el tema que se estaba tratando. Los libros de los Macabeos están dotados de un carácter narrativo y descriptivo, lo que favorece la inclusión de elementos explicativos en la narración.

Nos las vemos, entonces, con diferentes variables. El modo de traducir puede variar según el género literario de la obra que se traslada y, por otro lado, la tradición textual de la que proceda el texto que se traduce condicionará el resultado. El hecho de que en algunos casos se tradujera de libros que provienen de una rama concreta de la Biblia parisina, no eximirá a los estudiosos de un examen pormenorizado del modelo alfonsí en otros libros, entre otras razones porque la supuesta expresión unitaria de la *GE* se resiente incluso dentro de una misma parte. Estas diferencias se explican, a veces, por el uso de distintos códices para los diferentes libros, hecho que ayuda a entender también cómo se fue gestando la obra y cómo los códices se adquirirían por medios diferentes. Solo el rastreo de los modelos de cada libro bíblico en la *GE* lo situará adecuadamente en la historia de la Vulgata, y revelará las dificultades del texto con que se medían nuestros traductores. El Cantar de los Cantares (que aparece en la misma sección que los libros atribuidos a Salomón) se tradujo sin dar casi nunca entrada a la glosa, tal y como he dicho antes²³. Basta con leer algunos pasajes para comprobar la diferencia con la ordenada prosa de otras traducciones bíblicas que aparecen en la *GE*:

Assí como el lilio entre las espinas, así la mi amiga entre las fijas. Como el milgrano entre los árboles de las selvas, así el mio amado entre los fijos; so la sombra de qui yo desseava (desseado ove) sove, e el su fruto dulce a la mi garganta. Metióme el rey dentro en la cámara del vino; ordenó caridad en mí. Ponetme muchas flores aderedor; cercatme de mançanas, ca enfermo con amor d'él» (*GE* 3, 1, pp. 370).

Ya pasó el ivierno, e se fue la lluvia e se partió; flores parecieron ya en la nuestra tierra e vino el tiempo del podar; la boz de la tortoliella es ya oída en nuestra tierra; la figuera mostró sus bebras, las viñas florecieron e dieron su olor. Levántate, mi amiga e mi esposa, e vein la mi paloma; en los forados de la piedra e en las cuevas de la paret muéstrame la tu faz; suene la tu boz en las mis orejas; ca la tu voz dulce, la tu cara fermosa... (*ibid.*).

²³ La tercera parte de la *GE* comprende los reinados de David y Salomón. Incluye traducciones de libros atribuidos a estos reyes: Salmos, Cantar de los Cantares, Proverbios, Libro de la Sabiduría, Eclesiastés, algunas partes del Libro de los Reyes, Libro de Isaías y Profetas menores.

Es verdad que, a veces, la progresión lírica del texto queda bruscamente interrumpida por la inserción de la glosa:

Las mexiellas d'él como eran pequeñas de especias de arómatas, cercadas d'especias pimentadas. Los sus labros destellantes de la primera mirra (mejor que todas las otras). Las manos d'él tornables (como en torno fechas por fermosura), todas de oro e llenas de las piedras preciosas, jacintos que son color de cielo (GE3, I, p. 373).

Pero esto sucede pocas veces.

En ocasiones parece que estamos ante poemas característicos de la lírica tradicional y, de hecho, encontraremos motivos comunes. Así, en la *GE* leemos: 1.4 «Non me querades vos mesurar que só baça, porque me descoloró el sol.», 1.5 «Soy morena, pero hermosa», 1.5 «non guardé la mi viña», que nos recordarán a los poemas característicos de la lírica tradicional como los recogidos en la antología de Margit Frenk: «Aunque soi morena, / Blanca io nascí; / Guardando el ganado / La color perdí.» O bien: «Blanca me era yo / Cuando entré en la siega; / Diome el sol, y ya soy morena»²⁴.

Según Sánchez-Prieto, en Reyes III y IV hay cambios en la disposición de los contenidos de los versículos y esticos con el fin de acoplarse a la sintaxis del castellano y al estilo narrativo, «con mayor o menor presencia de amplificaciones, comentarios, digresiones e interpolaciones amplias o intercalación de hechos de los gentiles, y con diferente andadura de la historia» (Sánchez-Prieto, 2009: lxxix).

Diferentes traductores

Junto a todas estas variables y dificultades a la hora de caracterizar las traducciones alfonsíes, hay que tener en cuenta que no hubo un único traductor dedicado a la tarea, sino muchos, que la dedicación y atención a su trabajo no siempre sería la misma, y que su preparación sería posiblemente desigual, «con capacidad de captar matices sutiles y modalidades peculiares, pero también con lagunas y cegueras chocantes» (Morreale, 1968-1969: 115). A veces los traductores vertían hebraísmos y expresiones del latín eclesiástico de forma literal, a veces desfiguraban expresiones, y no faltan interpretaciones muy libres, cuando no arbitrarias, versiones castizas al estilo vernáculo y, en ocasiones, el romanceador no traduce «por lo que lee sino por lo que espera o por lo que le sugiere su medio ambiente» (Morreale,

²⁴ M. Frenk, *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica*, El Colegio de Méjico, Fondo de cultura económica, n.ºs 139 y 137, 2003.

1968-1969: 118). Tampoco debe olvidarse que la manera en la que el traductor traduce «va íntimamente enlazada con la estructura y norma de la lengua a la que traduce, y ha de juzgarse contra el fondo de esta» (1968-1969: 119)²⁵. Hay traducciones que se repiten en la *GE* y en la *EE*. Las traducciones se acomodan al uso, al sentido del momento en el que aparecen y no se usan de la misma manera cuando los fines no son los mismos²⁶. Algunas traducciones se realizaron mucho antes de que fueran utilizadas por los compiladores y, probablemente, no tuvieron ocasión de consultar cómo o porqué se traducía un pasaje de una manera o de otra²⁷.

REESCRITURA

El proceso que llevaba hasta la creación de un texto aprobado por la autoridad era complejo y es probable que los mismos historiadores percibieran que la redacción definitiva de las *Estorias* no iba a poder completarse, tal y como estaba concebida. La dificultad de la tarea es una de las razones que explica que se hayan conservado tantos manuscritos que recojan pasajes inacabados.

Pero a los problemas de traducir, compilar y ajustar textos hay que añadir algún motivo más. Me refiero al afán del rey por corregir y perfeccionar una y otra vez las obras que había encargado componer, tanto las obras legislativas, como las históricas o las *Cantigas de Santa María*. Este afán regio permite explicar que muy a menudo no exista un texto único, canónico, de cada obra, y que se utilicen y aprovechen fragmentos de unas obras abandonadas en favor de otras (Fernández-Ordóñez, 2001: 65). Esta insatisfacción le condujo a revisar continuamente los textos y la consecuencia de ello es que no se alcanzara una redacción definitiva. No es extraño, sino característico, que en la tradición textual de las obras alfonsíes convivan varias versiones, no siempre terminadas, y que deriven de «distintos estados de

²⁵ En el caso del salterio latino, no es imposible que ciertas diferencias entre el modelo subyacente y la versión alfonsí pudieran deberse a la forma en la que el traductor alfonsí tenía interiorizado este texto, pues era el libro de la Vulgata más citado y aprendido.

²⁶ Según el profesor Funes, «en el acto de traducir no existía una indagación desinteresada de su sentido exacto». Para los traductores alfonsíes: «la pregunta por el significado original correcto de los textos carecía de interés» y lo que se manifiesta a menudo en las traducciones es «un uso de los textos fuente» (1997: 17).

²⁷ El respeto empleado en el vertido de la Biblia al castellano no fue desde luego el criterio a la hora de traducir otras fuentes latinas. Los traductores alfonsíes podían proceder con notable libertad cuando la fuente no era la Vulgata y en ocasiones «es difícil reconstruir la lección originaria dada la separación del modelo latino» (Fernández-Ordóñez, GE4 2009: LIII).

redacción, desde los borradores o cuadernos de trabajo hasta primeras o segundas redacciones» (Fernández-Ordóñez: *ibid.*). Este hecho afecta también a las obras incluidas en el *Libro del saber de astrología*, en el que se aprecian dos estados de redacción. Para elaborar el segundo se revisaron las traducciones utilizadas para el primero y se añadieron nuevas informaciones.

Pero no debo extenderme en obras de otro contenido y me ceñiré a las historiográficas. Diego Catalán señaló que la tradición cronística descendiente de la *Estoria de España*, había utilizado versiones de esta obra «que resultaban ser preexistentes a la formación de las familias de textos o “crónicas” que tradicionalmente venían estudiándose» (Catalán, 1997: 29). Desde los propios tiempos de Alfonso X surgieron ya varias versiones, divergentes en ciertos aspectos de la *Estoria de España*:

Junto a la versión regia del códice E1 (orig), copiada en el *scriptorium* alfonsí, se crearon otras dos versiones, independientes entre sí, la versión vulgar, seguida de la enmendada, y la versión crítica. Ambas son reelaboraciones del texto de la «tradición troncal» representaba más fielmente por la versión regia. La razón de ser de estas reelaboraciones se halla en el deseo de conseguir una mayor homogeneidad estructural de la obra, que en su tradición troncal ofrecía evidentes señales de haber sido escrita siguiendo criterios disimilares. De paso, se introdujeron algunas aclaraciones e, incluso, alguna actualización (Catalán, 1997: 179).

La larga descendencia de manuscritos que dejó la inconclusa compilación de los *fechos* de España reproduce secciones más o menos extensas de la obra, refleja formas distintas de articular y valorar los hechos, y nace de una escritura en continua ebullición, es decir, de reelaboración, refundición, reescritura, reorganización de noticias, y esta intensa actividad afecta a varios niveles. El caso de la *Estoria de España*, por la que Alfonso X manifestó siempre un interés grande (la narración historiográfica tiene siempre un trasfondo ideológico y, a menudo se convierte en instrumento de poder) es paradigmático. La obra quedó sin acabar y de ella se conservan dos versiones fundamentales que se dividen a su vez en otras. El carácter incompleto de la segunda parte de la *Estoria* explica que se conserven tantos textos fragmentarios. Hoy sabemos que Alfonso X dispuso, antes de su muerte, que se redactasen no uno sino varios textos sucesivos de la obra, versiones que quieren corregir el estilo, el contenido o, incluso, la estructura del texto base redactado originariamente. De acuerdo con Fernández-Ordóñez, en los talleres historiográficos se reescribieron varias versiones:

la redacción primera, anterior a 1270, una segunda versión, la Versión enmendada después de 1274, que ofrece algunas diferencias puntuales respecto de la primera, y una tercera, conocida como Versión crítica, elaborada

hacia 1282-1284, que refunde profundamente la redacción primitiva. En época post-alfonsí, quizá en 1289, esa redacción primera fue objeto de una nueva refundición de carácter fundamentalmente estilístico, la llamada Versión retóricamente amplificada. La antigüedad de las versiones se demuestra porque derivan independientemente del arquetipo de la obra, y no unas de otras. Este hecho se observa no solo en poseer cada una errores particulares inexistentes en las demás, sino en que todas ellas realizaron reformas y arreglos con el objeto de mejorar o actualizar el trabajo compilatorio originario. (Fernández-Ordóñez, 2000: 42).

La versión crítica fue inspirada, sin duda, por el propio Alfonso X para reescribir la historia de España. El rey añadió un pasaje en el que denunciaba la situación en la que se encontraba, debido la rebelión que había dirigido el infante heredero Sancho contra él.

Pero la reescritura, y la traducción es una forma de reescritura, no consistió solamente en quitar, añadir y reajustar párrafos y frases, sino que es una operación mucho más amplia y compleja²⁸. *Reescritura, riscrittura, ré-écriture, réécriture, rewriting*, es un término que se refiere a un conjunto de prácticas textuales²⁹. Para Anne Cayuela incluye muchas tareas, pues se trata de «toda operación que consiste en transformar un texto A para llegar a un texto B, cualquiera que sea la distancia en cuanto a la expresión, el contenido y la función, así como todas las prácticas de “seconde main”: copia, cita, alusión, plagio, parodia, pastiche, imitación, transposición, traducción, resumen, comentario, explicación, corrección» (Cayuela, 2000: 37).

Siempre hay reescritura cuando se trata de convertir elementos separados y discontinuos en un todo que se quiere continuo y coherente. Y una de las formas de reescritura es, desde luego, la *ordinatio*, o sea, el proceso de sistematizar un texto mediante rúbricas que encabezaban capítulos y epígrafes. La *ordinatio* orienta y, por tanto, condiciona la lectura de cualquier libro. Los textos no siempre se presentan de la misma manera y la *mise en page* determina su interpretación. Y no estamos ante un hecho que afecte solo a la cultura medieval. La *ordinatio* ha estado y está presente en la presentación

²⁸ «Encontramos en la traducción y uso de la materia ovidiana en la *General Estoria* un ejemplo de recepción de tradición medieval, fruto de su tiempo, que se reescribe a su vez en el ámbito historiográfico innovando libremente la tradición recibida» (Salvo García, 2009: 228).

²⁹ «Reescribir la historia es siempre volver a describir los hechos e interpretarlos. Esta visión recurrente en la lectura de la Sagrada Biblia, este ir y venir constante a los mismos contenidos, es uno de los pilares de la cultura de la Edad Media, pero está bien presente ya en la Biblia» (Sánchez-Prieto, 2008: 84 y bibliografía citada).

y organización del contenido de cada libro, de manera que ha afectado al desarrollo de las literaturas.

Hasta ahora me he detenido en la tarea de los traductores (*trasladadores*) y glosadores (*esplanadores*), dos de los trabajos que tanto contribuyeron a la construcción de una lengua escrita culta y de un discurso complejo, pero no debe olvidarse la labor de los encargados de la segmentación, los compiladores y los capituladores, como destacaba Inés Fernández-Ordóñez (2010). Y es que hablamos también de reescritura cuando un original se divide en capítulos y párrafos, cuando se juntan y se traban, cuando se separan y reorganizan de otro modo. Y este fenómeno es muy frecuente en la transmisión de las obras historiográficas a las que me vengo refiriendo. La actividad organizadora del texto que llevan a cabo los compiladores fue también «uno de los procedimientos fundamentales de modificación de los modelos, tanto para crear una nueva estructura como para introducir sobre ella nuevos valores, destacando a través de los epígrafes los contenidos que se consideraban relevantes» (2010: 239). Según Fernández-Ordóñez, una de las novedades que introducen los textos prosísticos que salieron del *scriptorium* alfonsí fue la estructuración formalizada de los contenidos textuales, la cuidadosa organización del texto mediante su segmentación en secciones y subsecciones, que se presentaban mediante epígrafes descriptivos o mediante una numeración correlativa. Esta nueva *dispositio* textual se generalizó a partir de la obra de Alfonso X. Es destacable que Sancho de Nebrija, el editor renacentista de la *Historia Gothica* (1243-1246) de don Rodrigo Jiménez de Rada dividiera en nueve libros la obra, disposición que no existía en la tradición manuscrita. Los métodos de organización textual respondían al cambio de los hábitos de lectura, en los que era prioritario facilitar la consulta del texto.

En España podemos documentar la existencia del interés por estructurar formalmente los textos desde mediados del siglo XIII. En el prólogo al *Libro de las cruces* (1259), que es un tratado de astrología que Alfonso X hizo traducir del árabe, se habla de la conveniencia de la actividad capituladora:

Et porque este libro en arábigo non era capitulado, mandólo capitular et poner los capítulos en compeçamento del libro, segont es uso de lo fazer en todos los libros, por fallar más aína et más ligero las razones et los juizios que son en el libro (Fernández-Ordóñez, 2010: 245).

Pero este interés por agilizar las consultas se menciona también en la *GE*, al explicar la estructuración de la obra en seis partes o libros. Se trata de organizar mejor los contenidos: «E estos departimientos de las razones d'esta Estoria por libros son por que los qui los leyeren que non tomen ende enojo de luengas razones. Por esta razón misma son los títulos e los capítulos

en los libros, e por departir por ý razón de razón, e por los títulos ir más cierto a la razón que omne quiere en el libro» (*General Estoria* I).

Este método de organización del contenido en obras historiográficas se consolidó a finales del siglo XIII en la *General Estoria*, que se dividió en seis partes, la segunda redacción de la *Estoria de España* o *Versión crítica* (h. 1283), que dividió en cuatro la primera, o la *Crónica abreviada* de don Juan Manuel, que se divide en tres (1320).

Las traducciones propiciaban que al verter el texto de una lengua a otra, el contenido se organizase en capítulos, con su título correspondiente, y este no aparecía en el original. No se trata de un hecho que provenga de forma exclusiva del traslado y no debe vincularse solamente a esta tarea, pero es un trabajo que viene aparejado muchas veces con ella. La organización en capítulos que encontramos en muchas traducciones suele ser nueva, no heredada de la fuente, como es el caso de la versión latina de la *Cosmología* de al-Haytam, en la que se introdujo una doble estructura en libros y en capítulos³⁰.

En el curso de estas páginas he sostenido que la traducción es una actividad que estuvo presente en los inicios de la elaboración de los textos y que volvemos a encontrar después una y otra vez, porque los colaboradores del rey trabajaron sobre textos traducidos. El texto que surgió del traslado fue acomodándose a los fines de los compiladores y fue sometido a toda clase de reajustes. Uno de ellos fue, a menudo, segmentar el texto y poner título a las nuevas secciones. En principio puede sostenerse que la diferencia entre aquellas traducciones que siguen muy de cerca a los modelos y aquellas que han sido intensamente reelaboradas, contrastadas y compiladas, es que las primeras suelen mantener los títulos de los capítulos de la fuente, mientras que las segundas, al ser segmentadas, presentan títulos que no aparecían en los modelos traducidos. El contraste entre traducciones muy cercanas a las fuentes y aquellos pasajes ya elaborados en que los textos se han subordinado a una labor compilatoria, permite apreciar en qué medida se ha producido una modificación. Cuanto más intensa es la compilación, la combinación de fuentes preexistentes, más se transforman los modelos para dar lugar a una nueva estructura. Cuando el texto alfonsí es traducción de una única fuente, hay más probabilidades de que reproduzca con fidelidad la segmentación previa si es que esta existiese. Si la compilación es muy intensa, es fácil que aparezca una nueva capitulación, distinta a la del texto traducido.

³⁰ «*Mandauimus magistro Abrache ebreo quod transferret librum istum de arabico in yspanum et quod ordinaret modo meliori quam ante fuerat ordinatus et quod divideret in capitula*», leemos en el prólogo (Samsó, 1990: 117).

Los contenidos que los compiladores querían destacar en cada caso a través de los títulos ayudan a entender el sentido que se daba a las noticias recogidas. Esto puede observarse en la forma en la que se trataron los capítulos que procedían de la *Historia Gothica* de Rodrigo Ximénez de Rada sobre el origen de los godos tal y como se presenta en la *EE* y en la *GE*:

A partir de una traducción común, reelaborada con independencia en las dos obras, la estructura capitular de la fuente se respetó en la *Estoria de España*, mientras que fue segmentada en cinco capítulos en la *General Estoria*. Lo más significativo es que ni una ni otra Estoria traducen los títulos escritos por el Toledano, sino que presenta epígrafes creados por los compiladores para resaltar los contenidos a su juicio más importantes (Fernández-Ordóñez 2010: 260).

Elena Trujillo señala en su edición de la quinta parte de la *GE* que los títulos que encontramos en los libros de los Macabeos no proceden del texto bíblico, sino que son un añadido alfonsí. El texto presenta una división y un pequeño título antes de la muerte de cada uno de los hermanos, desde el primero al séptimo (Trujillo, 2009: xxxix).

He señalado desde el principio que una cosa es la idea que gobierna la empresa, el plan trazado, que se cumple en algunas secciones de las crónicas, y otra cosa es la materialidad del trabajo, que se manifiesta en los códices que nos han llegado. No debe extrañarnos que la estructura cronológica, la originaria del diseño de la *GE* entrara en conflicto al disponer y organizar el texto en el códice, al dividirlo en secciones tituladas y numeradas. En los primeros treinta capítulos que narran la transmigración del pueblo judío (principio de *GE4*) veremos como en las cabeceras del manuscrito alfonsí aparece el nombre de Nabucodonosor, aunque en esos años no se cuente solo su reinado, sino también el de sus sucesores en Persia y Babilonia. Frente a lo anunciado en el prólogo, el principio del reinado de Ciro de Persia se incluye bajo la cabecera de Nabucodonosor, y la nueva sección no tiene por cabecera a Ciro sino a Daniel. Esta falta de comprensión, explica Fernández-Ordóñez, se extiende también a lo que sigue, pues el códice presenta secciones independientes para los libros bíblicos que continúan (Abdías, Sofonías, Jeremías, etc.), aunque los hechos narrados en esos libros se consideran contemporáneos de Nabucodonosor y Ciro. Parece que los autores de la confección del códice no fueron los mismos que los compiladores de la obra y no supieron entender la estructura que se les proponía y señala la razón fundamental que explica tantos desajustes: «La combinación de la materia bíblica y pagana generó muchos desajustes y contradicciones en la organización del texto, hasta el punto de que no todos los colaboradores alfonsíes entendieron de la misma forma el diseño global de la obra» (2009: xx).

Los errores o malentendidos que se aprecian en la disposición del contenido revelan también hasta qué punto no deben desvincularse las distintas tareas realizadas en los talleres y los años que transcurrían entre una y otra. Las etapas, como he señalado antes, se solapan y entremezclan.

Junto a la segmentación de las fuentes y la nueva capitulación de los fragmentos, no debe olvidarse la tarea, más humilde y menos ambiciosa, de los copistas, es decir, la tarea de reproducir el original que se tenía delante, vale decir, a la permanente tarea de actualización que realizaron los copistas medievales. Su afán por ser fieles al texto que debía trasladar (que significaba traducir pero también copiar) no les impedía modificar los textos con el fin de hacerlos más legibles para sus compañeros del monasterio o de la corte. Diego Catalán se ha referido a la noción de *apertura* de significantes y significados para caracterizar la transmisión de determinados géneros discursivos. Para Catalán, en el proceso de transmisión de las obras literarias late cierta paradoja. Al confiarse al papel o a la memoria, los textos se exponen a los cambios que el tiempo introduce en ellos. Es imposible que significado y significante permanezcan inalterados, porque los textos varían siempre. El tiempo se manifiesta en forma de errores de transmisión, de correcciones ideológicas, de censuras. Ahora bien, si los textos no cambiaran, si no se glosaran y comentaran (en algún caso, si no se actualizaran), correrían también el riesgo de resultar ilegibles, pues tras algunas generaciones no se entendería el significado de las palabras, de las ideas expuestas, y tampoco se entendería el sentido de la obra. La memoria creadora de los cantores, el trabajo de los copistas, la censura, el tiempo, producen cambios sustanciales en las obras e impiden que signifiquen siempre una cosa y la misma. Junto al trabajo de reconstrucción de un texto, se hace a veces necesario el trabajo de glosa y explicación. Esta manera de trabajar ha sido señalada también por otros muchos medievalistas. Alberto Vârvaro sostenía que:

Le copiste se mette au travail non dans l'intention de reproduire avec le plus grande fidélité possible l'exemplaire qu'il a sous les yeux, mais dans celle d'en produire une réplique qui réponde au mieux aux exigences de son commanditaire et/ou aux siennes, en termes de goût et de choix littéraires, rhétoriques et linguistiques. Le copiste devient alors (se comporte comme) un co-auteur; vis-à-vis de l'auteur, dont parfois il connaît même le nom (mail il l'oblitière souvent), il n'a pas de complexes d'infériorité (Vârvaro, 2001: 37).

En definitiva, la reescritura es una actividad que implica a la traducción, a la reformulación de los textos traducidos y su adecuación para los fines que buscaba el historiador. Se trata de una práctica muy extendida que encontraremos en la historiografía escrita en varias lenguas románicas. Sin embargo, desearía terminar con un testimonio del siglo XV castellano. En el

prólogo dedicatoria al rey Juan II que encabeza *Las siete edades del mundo*, Pablo de Santa María presentaba la clase de trabajo que había realizado y la tradición en la que se incluía:

Entre otras obras que a la vuestra magestad, muy poderoso Príncipe e Illustrísimo Rey e Señor, ayan seydo presentadas, so breve compendio de escriptura una copilación, casi reportorio, de algunas Estorias a vuestra alteza pensé dirigir. E acatando que como alguno que quiere traer en recordación las fazañas e cosas pasadas o mayormente recontar o decir algunos otros fechos e cosas nuevas contesçidas (Conde López, 1999: 267).

Juan Carlos Conde señalaba que en este prólogo la concisión se eleva a nivel estilístico y llamaba la atención sobre las muchas palabras que se referían a esta tendencia: *breve compendio*, *copilación*, *reportorio*, etc. Me interesa destacar el término *recontar*. La obra de Pablo de Santa María, como la de tantas *estorias* nacidas de la Biblia, obedece al proyecto de reescribir lo que otros han escrito antes. Pablo de Santa María *reescribió*, como tantos autores, la historia que narra la Biblia, con unos fines muy concretos.

CONCLUSIONES

No debemos considerar la *GE* y la *EE* solo como traducciones, porque supondría ignorar la naturaleza de textos tan complejos, y supondría pasar por alto su proceso de elaboración, y minusvalorar (y, por tanto, falsear) la idea de *Estoria* que las inspira, y el complejo procedimiento de ensamblar y componer los textos. Pero también es verdad que sin la traducción, la naturaleza de la obra historiográfica alfonsí sería muy diferente a como la conocemos. La redacción latina habría creado una obra de naturaleza muy distinta. El relato no se habría concebido ni desarrollado como en romance, ni habría aparecido el cúmulo de observaciones que aclaraba el texto a los lectores contemporáneos³¹.

La traducción fue una de las primeras etapas en la elaboración de los textos cronísticos, y permaneció después en el largo e inacabable proceso de ajuste para conseguir el texto deseado. Es muy probable que uno o varios grupos de colaboradores regios y en diferentes talleres, se dedicaran a aquella actividad, pero el resultado de su trabajo no fue propiedad exclusiva

³¹ «Se ha dicho, por ejemplo, que si las Partidas se hubieran escrito en latín habrían constituido una base inevitable para toda codificación europea posterior. Pero también es cierto, a la inversa, que una obra concebida y llevada a cabo en dicha lengua habría sido no sabemos qué, pero jamás las *Partidas*» (Márquez Villanueva, 1994: 83).

de ellos ni tampoco el final de una tarea. El destino de las traducciones no fueron ellas en sí mismas, sino su transformación y disposición en un marco nuevo. Una vez que los trasladadores terminaron su tarea, los historiadores y organizadores del relato trabajaron sobre el texto. En ocasiones parece que la traducción es un material dúctil, que se ajusta a los usos, a los fines que deseaban darle los responsables finales del proceso. El traslado y su posterior adaptación aparecen en todas las etapas mencionadas.

Las traducciones no se dispusieron una tras otra para formar el texto definitivo, sino que experimentaron cambios para darles un sentido, lo que significa ajustes de todo género: sintácticos, léxicos y semánticos. Los cambios que provoca el proceso de traducción y los ajustes posteriores que sufrieron los textos al incorporarse a la *Estoria*, supusieron una poderosa *resemantización* de las obras traducidas³². Al pasar del latín al castellano, las obras se transformaron en beneficio de aquellas finalidades que buscaban los compiladores, como son «la claridad, la lógica expositiva y la reelaboración semántica que lo incorpora al momento presente» (Salvo, 2009: 216). Las modificaciones afectan al discurso, al léxico y a la semántica. No es extraño que se altere el orden de las oraciones para facilitar su comprensión, que las oraciones coordinadas se subordinen, que la doble traducción de muchos términos produzca estructuras bimembres y que el contenido se modifique, pues los textos se despoetizan para ganar en el campo de la verosimilitud y la historicidad. Se completa lo implícito y las acciones se multiplican en numerosos detalles: «El texto es exportado al lector en un doble proceso de interpretación y reescritura» (Salvo, 2009: 216-17)³³.

La traducción transforma los textos sobre los que actúa. Posiblemente sea la primera transformación que experimentan las fuentes que alimentan las *Estorias* del rey. Creo que conviene insistir en que la *Farsalia* de Lucano, la Biblia o las *Metamorfosis* no son las obras originales, sino obras traducidas, es decir, que han empezado a ser transformadas en algo distinto a lo que

³² Inés Fernández-Ordóñez (2012) ha reflexionado sobre la clase de variaciones que se presentan en la transmisión de los textos y establecido una tipología que comprende desde las transformaciones máximas hasta las mínimas y concluye que «el caso extremo de máxima modificación está representado por la traducción a otra lengua» (Fernández-Ordóñez, 2012: 58).

³³ Al hablar de la segmentación de las fuentes y crear nuevos capítulos, los compiladores estaban otorgando nuevos valores a los textos traducidos. La segmentación, decía Inés Fernández-Ordóñez, es uno más de los procedimientos que se manejaron para incorporar las fuentes a la lengua romance y que es tan significativa como la resemantización y otros tipos de transformaciones (2010: 265). La *ordinatio*, por su parte, es un proceso más de asimilación de los modelos latinos o árabes a las lenguas vernáculas.

fueron. Lo que estas obras empiezan a ser para los alfonsíes comenzó con el humilde paso de las traducciones.

No debemos olvidar que en una cultura manuscrita, la traducción era, entre otras cosas, una amplia operación de actualización, de «traslado de una cultura pasada o extranjera a los términos del contexto cultural propio» (Funes, 1997: 17), y constituía una aventura de exploración lingüística y cultural e histórica, que trascendía a la equivalencia lingüística. La traducción es uno de los medios que ayudan a que el discurso se actualice para que se entienda su contenido y siga vivo, con todas las transformaciones que queramos. El texto se glosó, amplificó y resumió para hacerlo comprensible y adecuado al uso que quisiera dársele. Así las cosas, no es extraño que hayan proliferado las clasificaciones del trabajo de traducir y que los expertos se hayan afanado por establecer distinciones y separar procedimientos. Hablar de traducción, en singular, de las fuentes es legítimo, pero si se me permite el juego lingüístico, más que hablar *en plural*, habría que hablar *en plurales*, dado su carácter tan complejo y abigarrado. Es indispensable tener en cuenta las muchas variantes, y de naturaleza tan variada, que concurren. Conviene recordar que, a veces, transcurrieron muchos años entre las traducciones y el uso que se les dio, que fueron muchos los traductores que trabajaron para el rey y su formación no debió de ser uniforme (no todos los trasladadores tradujeron igual ni siguieron los mismos principios, y hay traducciones disparatadas, inventadas o muy condicionadas por el contexto en que se hacen). El género literario del texto que se traduce condicionó la traducción, de suerte que no se traducía igual un relato histórico de la Biblia que uno profético. Tampoco se traducía igual un original con la ayuda de unas glosas (con lo que se creaba un texto muy alejado a veces de la fuente), que cuando se traducía de forma literal o cuando se transformaba el original en una pieza oratoria. Difieren también los usos de la traducción, el fin que se daba a los textos trasladados. Estas y otras variantes deben ser tenidas en cuenta a la hora de valorar las traducciones que aparecen en las obras historiográficas.

A nosotros la traducción nos permite comprender la idea de texto y los modos de trabajar sobre él, las técnicas intelectuales de trabajo o el concepto de traslado y, al tiempo, amplía nuestro saber sobre el léxico castellano medieval, así como el enriquecimiento de la sintaxis a través del romanreamiento. Las traducciones nos enseñan cómo se utilizaron los recursos retóricos (y cuáles predominan) para hacer más legible y, en alguna ocasión, atraer al lector con procedimientos que no estaban en la fuente. Quiero recordar finalmente que las *Estorias* son textos contruidos a partir de textos, que son relatos contruidos a partir de documentos. Los historiadores actuaron movidos por un afán de veracidad, y se sirvieron de la narración y la

esplanación de unos hechos del pasado. Los historiadores contemporáneos trabajan con materiales de archivos, con datos económicos y con fuentes muy variadas, pero también construyen relatos. En uno y otro caso merece la pena reflexionar sobre la relación entre la comprensión de la realidad histórica y la forma narrativa que la representa, tal y como ha propuesto Hayden White. El intenso proceso de selección de los hechos que se van a explicar y narrar, su traducción, su compilación, es decir, el largo proceso descrito en estas páginas, nos obliga a pensar en la naturaleza del conocimiento histórico. Aníbal Biglieri se preguntaba, a partir de los estudios de White, si los textos en que se manifiesta el conocimiento histórico son una reproducción del pasado o un proceso de significación, si el discurso histórico se contenta con designar una realidad extralingüística o, por el contrario, la reconstruye a partir de ciertos presupuestos ideológicos. Los sucesos narrados, señalaba Biglieri no pueden coincidir con lo que efectivamente ocurrió, de ahí que un mismo acontecimiento «sea susceptible de tantas interpretaciones como contextos en los que se inserte» (1989: 2). Los historiadores alfonsíes se movieron por un afán de contar y explicar los *fechos* del mundo, de acuerdo con el testimonio de las *auctoritates*, pero a nosotros la larga y compleja tarea que llevaba a la construcción de un texto nos lleva a reflexionar sobre el modo en que se ha escrito la historia y se han dispuesto y valorado los hechos en los estudios y manuales.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

- ALFONSO X EL SABIO (2009), *General Estoria. Primera parte*, P. Sánchez-Prieto (ed.); *General Estoria. Segunda parte*, B. Almeida (ed.); *General Estoria. Tercera parte*, P. Sánchez-Prieto (ed.); *General Estoria. Cuarta parte*, I. Fernández-Ordóñez y R. Orellana (eds.); *General Estoria. Quinta parte*, I (parte bíblica), E. Trujillo (ed.); II (parte no bíblica), B. Almeida (ed.); *General Estoria. Sexta parte*, P. Sánchez-Prieto y B. Almeida (eds.), P. Sánchez-Prieto Borja (dir.), Madrid, Fundación José Antonio de Castro.
- (1994), *General Estoria*, tercera parte IV, *Libros de Salomón: Cantar de los Cantares, proverbios, sabiduría y Eclesiastés*, P. Sánchez Prieto y B. Horcajada (eds.), Madrid, Gredos.
- Biblia sacra iuxta latinam vulgatam versionem ad codicum fidem, iussu Pii PP. XI, Pii XII, Ioannis XXIII, Pauli VI, Ioannis Pauli PP. II, cura et studio monachorum Abbatiae Pontificiae Sancti Hieronymi in Urbe Ordini Sancti Benedicti edita. Textus ex interpretatione Sancti Hieronymi. Romae*, Librería Editrice Vaticana, 1926-1995, 18 vols.

- FERNÁNDEZ LÓPEZ, M.^a C. (ed.) (2010), *Edición crítica del «Libro de Isaías» de la Tercera Parte de la General Estoria*, Logroño, Instituto Orígenes del Español, Cilengua, «Digital».
- FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ, I. (ed.) (1992), *Versión Crítica de la Estoria de España*, estudio y edición desde Pelayo hasta Ordoño II, Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal, Universidad Autónoma.
- FLUTRE, L. F.; SNEYDERS DE VOGEL, K. (eds.) (1935-1938), *Li Fet des romains*, París-Groninga.
- GONZÁLEZ ROLÁN, T.; SAQUERO SOMONTE, P. (eds.) (1982), *Historia novelada de Alejandro Magno*, edición acompañada del original latino de la *Historia de preliis* (recensión J2), Madrid, Universidad Complutense.
- JUAN MANUEL (1982-1983), *Crónica abreviada*, en J. M. Blecua (ed.), *Obras completas*, 2 vols., Madrid, Gredos, «Bibliotheca romanica hispanica. Textos», 15, t. I.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (ed.) (1977), *Primera crónica general de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289*, con la colaboración de A. G. Solalinde, M. Muñoz Cortés y J. Gómez Pérez, Madrid, Seminario Menéndez Pidal, Gredos.
- MORREALE, M. (ed.) (1981-1982), *Cantar de los Cantares*, en *Atti dell'Instituto Veneto di Scienza, Lettere ed Arti*, CXL.
- RUBIO TOVAR, J. (1989), «El manuscrito F de la *Estoria de España* de Alfonso X y su relación con otras crónicas medievales», edición y estudio, tesis doctoral inédita.
- SALAMANCA, J. C. (1999), *La creación de un discurso historiográfico en el cuatrocientos castellano: Las siete edades del mundo de Pablo de Santa María*, estudio y edición crítica, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
[www.bibliamedieval.es].

Fuentes secundarias

- ALMEIDA CABREJAS, B. (2006), «La creación de discurso directo e indirecto en la historiografía alfonsí», en *Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid, Arco Libros, vol III, pp. 2639-2651.
- ARIZALETA, A. (ed.) (2008), *Poétique de la chronique. L'écriture des textes historiographiques au Moyen Âge (péninsule ibérique et France)*, CNRS-Université de Toulouse-Le Mirail, Collection «Méridiennes».
- BIGLIERI, A. (1989), «Hacia una poética del discurso histórico: La rebelión de Paulo en la *Estoria de Espanna*», *Iberorromania*, 29, pp. 1-14.
- CATALÁN, D. (1962), *De Alfonso X al conde de Barcelos. Cuatro estudios sobre el nacimiento de la historiografía romance en Castilla y Portugal*, Madrid, Gredos.
- (1978), «Los modos de producción y “reproducción” del texto literario y la noción de apertura», en A. Carreira *et al.* (eds.), *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 245-270.

- *La «Estoria de España» de Alfonso X: creación y evolución*, Madrid, Seminario Menéndez Pidal, Fundación Ramón Menéndez Pidal, Universidad Autónoma de Madrid, 1992, pp. 11-44.
- *De la Silva textual al taller historiográfico alfonsí. Códices, crónicas, versiones y cuadernos de trabajo*, Madrid, Fundación Menéndez Pidal y Universidad Autónoma de Madrid, 1997.
- CAYUELA, A., «De reescritores y reescrituras: teoría y práctica de la reescritura en los paratextos del Siglo de Oro», *Criticón*, 79, 2000, pp. 37-46.
- CONDE, J. C., *La creación de un discurso historiográfico en el cuatrocientos castellano: Las siete edades del mundo de Pablo de Santa María* (estudio y edición crítica), Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1999.
- CHALON, L., «Comment travaillaient les compilateurs de la *Primera Crónica General de España*», *Le Moyen Âge*, 1976, 81 (2), pp. 289-300.
- EISENBERG, D. (1973), «The *General Estoria*: Sources and Source Treatment», *Zeitschrift für romanische Philologie*, 89, pp. 206-227.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, M.^a C. (2010), *Edición crítica del Libro de Isaías de la Tercera Parte de la General Estoria*, Biblias Hispánicas, Instituto Orígenes del Español, Cilengua, Logroño.
- FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ, I. (1992), *Las Estorias de Alfonso el Sabio*, Madrid, Istmo.
- (1993-1994), «La historiografía alfonsí y post-alfonsí en sus textos. Nuevo panorama», *Cahiers de linguistique hispanique médiévale*, 18-19, pp. 101-132.
- (1999), «El taller historiográfico alfonsí. La *Estoria de España* y la *General Estoria* en el marco de las obras promovidas por Alfonso el Sabio», en J. Montoya y A. Rodríguez (coords.), *El Scriptorium alfonsí: de los Libros de Astrología a las «Cantigas de Santa María»*, Madrid, Fundación Universidad Complutense, pp. 105-126.
- (2000a), «Variación ideológica del modelo historiográfico alfonsí en el siglo XIII: las versiones de la *Estoria de España*», en G. Martín (ed.), *La historia alfonsí: el modelo y sus destinos (siglos XIII-XV)*, Madrid, Casa de Velázquez, pp. 41-74.
- (2000b), «El taller de las *Estorias*», en I. Fernández-Ordóñez (ed.), *Alfonso X el sabio y las crónicas de España*, Valladolid, Secretariado de publicaciones, Centro para la edición de los Clásicos Españoles, pp. 61-82.
- (2000c), «Evolución del pensamiento alfonsí y transformación de las obras jurídicas e históricas del Rey Sabio», *Cahiers de linguistique hispanique médiévale*, 23, pp. 263-283.
- (2010), «*Ordinatio* y *compilatio* en la prosa de Alfonso el Sabio», en M. Castillo Lluch y M. López Izquierdo (eds.), *Modelos latinos en la Castilla medieval*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, pp. 239-70.
- *Transmisión y metamorfosis*, Semyr, Salamanca, 2012.
- FUNES, L. (1997), *El modelo historiográfico alfonsí: una caracterización*, Londres, Queen Mary and Westfield College, «Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar», 6.
- GÓMEZ, V.; TRUJILLO, E. (2009), «Dos modos de traducción bíblica en la General Estoria», en *Actas del VI Congreso Nacional de la AJIHLE, Granada, 29-31 de marzo de 2006*.

- GÓMEZ, F. (1998-2007), *Historia de la prosa medieval castellana*, Madrid, Cátedra.
- GUENÉE, B. (1980), *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, Paris, Aubier Montaigne.
- GULLÉN, C. (1985), *Entre lo uno y lo diverso*, Barcelona, Crítica.
- LACOMBA, M., «Réécriture et traduction dans le discours d'Alphonse X», *Cahiers d'Études Hispaniques médiévales*, 33, pp. 27-42.
- LINEHAN, P. (2012), *Historia e historiadores de la España Medieval*, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, F. (1994), *El concepto cultural alfonsí*, Madrid, Mapfre.
- MARTIN, G., «Luc de Túy, Rodrigue de Tolède, leurs traducteurs et leurs compilateurs alphonsins. Comparaison segmentaire d'une lexicalisation», *Cahiers de linguistique hispanique médiévale*, 14-15, pp. 173-206.
- (1997), «Cinq opérations fondamentales de la compilation. L'exemple de l'*Histoire d'Espagne* (étude segmentaire)», Paris, Klincksieck, «Annexes de cahiers de linguistique hispanique médiévale» 11, pp. 107-121.
 - (2000), «El modelo historiográfico alfonsí y sus antecedentes», en G. Martin (dir.), *La historia alfonsí: el modelo y sus destinos (siglos XIII-XV)*, Madrid, Casa de Velázquez, «Collection de la Casa de Velázquez», 68, pp. 9-40.
 - *Les Juges de Castille. Mentalités et discours historique dans l'Espagne médiévale*, Paris, Klincksieck, «Annexes de cahiers de linguistique hispanique médiévale».
- MENÉNDEZ PIDAL, G. (1951), «Cómo trabajaron las escuelas alfonsíes», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, v, pp. 363-380.
- MONTOYA MARTÍNEZ, J.; DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ (eds.) (1999), *El Scriptorium alfonsí: de los Libros de Astrología a las Cantigas de Santa María*, Madrid, Editorial Complutense.
- MORREALE, M. (1968-1969), «Apuntaciones para las tareas del Seminario de Lexicografía Española de la Universidad de Padua», *Anuario de Letras*, 7. Homenaje a Menéndez Pidal, pp. 111-148.
- RICO, F. (1984), *Alfonso el Sabio y la «General Estoria»*, Barcelona, Ariel [1972].
- RUBIO TOVAR, J. (2011), *El vocabulario de la traducción en la Edad Media*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá.
- *Literatura, Historia y Traducción*, Madrid, Ediciones de La discreta, 2013.
- SALVO GARCÍA, I. (2009), «Las *Heroidas* en la *General Estoria* de Alfonso X: texto y glosa en el proceso de traducción y resemantización de Ovidio», *Cahiers d'études hispaniques médiévales*, 32, pp. 205-228.
- (2010-2011), «Usos y finalidades de breves fragmentos de fuente ovidiana en la “*General Estoria* de Alfonso X”», *Alcanate, Revista de estudios alfonsíes*, 7 (ejemplar dedicado a: VII Semana de Estudios Alfonsíes), pp. 269-292.
- SÁNCHEZ-PRIETO BORJA, P., «El modelo latino de la General Estoria (GE3 Sab)», *Revista de literatura medieval*, II, pp. 207-250.
- (1994), «La *General Estoria* como obra de traducción (a propósito de GE3 Sab.)», en *Actas del III Congreso de la AHLM*, Salamanca, vol 1, pp. 923-931.

- (1997), «Fuentes de la Tercera Parte de la *General Estoria*. La Vida de Salomón», en *Actas del VI Congreso de la AHLM*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, pp. 1401-1417.
 - (2001), «Sobre el concepto de original (el caso de la *General Estoria* de Alfonso el Sabio)», en *Studia in honorem Germán Orduna*, pp. 571-582.
 - (2008), «La Biblia en la historiografía medieval», en G. del Olmo Late (dir.), *La Biblia en la Literatura Española*, I. Edad Media, M.^a I. Toro Pascua (coord.), Madrid, Trotta, Fundación San Millán de la Cogolla, pp. 77-194.
- SERÉS, G. (1997), *La traducción en Italia y España durante el siglo XV: la «Iliada en romance» y su contexto cultural*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, «Textos Recuperados», 16.
- VÁRVARO, A. (2001), «Élaboration des textes et modalités du récit dans la littérature française médiévale», *Romania*, 119, pp. 1-75.